

ESTEBAN NAVARRO



EL AJEDRECISTA

Sergio y Ángela, un matrimonio de recién casados, adquieren un piso de segunda mano en una calle de poco tránsito. En el trastero hay pertenencias del propietario, fallecido diez años atrás, y la intermediaria de la venta (una amiga de la actual propietaria) les dice que una vez adquieran el piso se pueden deshacer de esos efectos. Antes de cerrar el trato, les hace un suculento descuento con una única condición: tendrán que conservar el baúl de tres cerrojos que hay en el trastero hasta que la propietaria (que reside en una residencia de ancianos) fallezca.

El matrimonio acepta el trato. Pero durante los días siguientes, después de firmar la hipoteca, comienzan a preguntarse qué hay en ese baúl.

Contenido

1. Sergio y Ángela
2. Diez años antes
3. El piso de Calenda
4. Rita y Martina
5. El sótano
6. Rita
7. El baúl de tres cerrojos
8. Anselmo y Aurora
9. En comisaría
10. Aurora
11. La notaría
12. Ángela
13. Tres llaves
14. Cincuenta años antes
15. La mudanza
16. Ocho años antes
17. Lucio Molina

18. Maite y Juan
19. Matías Páez
20. Fantasmas en el sótano
21. El Pecas
22. El baúl
23. María Asunción Claramunt
24. Año 2005
25. Joueur d'échecs
26. Giselda Barros
27. El atestado
28. Vaucanson
29. Nueve años antes
30. Veintiséis años antes
31. La cuna
32. Veinticuatro años antes
33. Bernat
34. La cámara digital
35. No fue un accidente
36. Veintisiete años antes
37. Diez años antes

38. Obsesión
 39. Rita
 40. En la actualidad
 41. Nueve años antes
 42. El ajedrecista
 43. Helena
 44. Veintisiete años antes
 45. Sergio
 46. Trece años antes
 47. Ángela
 48. Ocho años antes
 49. Aurora
 50. El trastero
 51. ¿Dónde está el ajedrecista?
- Nota del autor

*A Ester. A Raúl.
A Raúl. A Ester.*

'Chess is as elaborate a waste of human intelligence as you can find outside an advertising agency'.

«El ajedrez es un desperdicio de inteligencia humana tan elaborado como el que puedes encontrar fuera de una agencia de publicidad».

RAYMOND CHANDLER

«Una historia debe tener un comienzo, un medio y un fin, pero no necesariamente en ese orden».

JEAN-LUC GODARD

1. Sergio y Ángela

El joven matrimonio se encapricha del piso nada más verlo. Se lo muestra la señora Trinidad, una amiga de la propietaria. Fue ella quien insertó el anuncio en el semanario el *Capgròs* y quién los atendió cuando llamaron por teléfono.

Piso céntrico, bien situado, a menos de una hora de Barcelona en tren, o media hora en coche. Segunda planta. Pocos vecinos. Terraza. Trastero. Zona de fácil aparcamiento. Amueblado. Para entrar a vivir.

Sergio, como buen policía, se informa y sabe que el edificio lo mandó construir Anselmo Calenda, un conocido chatarrero de Mataró. Lo había edificado sobre un antiguo desguace de los años cincuenta que, cuando funcionaba, ocupaba toda la calle. Al desaparecer la empresa, el terreno se vendió y se construyeron varios edificios que conforman el barrio. Ese bloque fue el primero en edificarse y el dueño se quedó un piso en la segunda planta.

Trinidad tiene una edad indeterminada, difícil de precisar. Es de ese tipo de personas que lo mismo pueden tener sesenta años, como setenta u ochenta. La ausencia de arrugas y el caminar erguido le confiere un aspecto saludable. Cuando quedan frente al bloque les relata, como buena anciana, parte de su vida. Mientras habla hace esfuerzos para que no se le note que tiene que respirar por la boca, porque si no se ahoga.

—Enviudé cuando la guerra civil —les dice rebuscando la llave en su bolso.

No se lo creen. En ese caso, la señora debe tener noventa años como mínimo.

—Esperad aquí un momento —se excusa—, la llave me la he dejado en mi casa.

El matrimonio observa como camina recta por la acera y se mete en un portal que hay dos números más abajo.

—Esa mujer es muy mentirosa —le dice Ángela a su marido, como si la conociera.

—Deja que se explique —contraviene Sergio—. A la gente mayor le gusta contar su vida, les hace sentirse importantes.

Sergio tiene la misma edad que su esposa. Hace unos años que accedió a la policía nacional y finalmente le han concedido el traslado para poder mudarse desde Barcelona a Mataró. Mientras esperan contemplan los dos enormes bolardos que evitan que por la calle pueda pasar nada más ancho que una bicicleta. En la parte trasera del bloque hay una montaña de roca con un conjunto de pinos mediterráneos en su montera.

—¿Sois de Barcelona? —se interesa la anciana cuando regresa.

—Vivimos allí —responde Sergio—. Pero yo soy originario de Murcia. Aunque mis padres vinieron aquí cuando yo era pequeño, y aquí me he quedado.

—¿Y tú? —le pregunta a Ángela—. ¿De dónde eres?

—De Barcelona —responde con semblante serio.

—Y por lo visto os queréis venir a vivir a Mataró —asegura sonriendo—. ¿Trabajas por aquí? —le pregunta directamente a la chica.

—No, de momento. Pero trabajaré en breve.

—Te lo pregunto porque me suena mucho tu cara. —Ángela demuda la expresión—. ¿Cómo te llamas?

—Ángela.

—¿Ángela qué?

—Ortega.

—Ángela —repite murmurando—. Es un nombre precioso. ¿A qué te dedicas?

—Soy gemóloga.

—¿Gemóloga? No sé qué es.

—Básicamente me dedico a la evaluación de piedras preciosas y gemas. De ahí el nombre de gemología.

—Entiendo. ¿Y tú? —le pregunta a Sergio—. Os parecerá que soy una cotilla, pero es que en los tiempos que corren es indispensable saber quiénes son los que vamos a meter en nuestros pisos.

—Soy policía nacional y, de momento, tampoco trabajo en Mataró. Pero lo haré en breve, ya que me han concedido una plaza en su comisaría.

—Ah, bueno. Un policía siempre es alguien de fiar.

Sergio asiente con una sonrisa.

—¿Y tú has estado alguna vez por aquí?

—Alguna vez —responde—. Pero siempre de paso.

—Apuesto a que fue por alguna discoteca.

—Apueste que ganará —acepta—. La discoteca Chasis es un buen reclamo.

—No perdamos más tiempo que seguro tenéis cosas que hacer. Venid que os mostraré el piso —dice abriendo la puerta del vestíbulo con una llave que todo el rato sostiene en la mano—. Esta puerta es de hierro forjado. Se escucha mucho al principio, pero pasados unos días el oído se acostumbra y ya veréis como ni siquiera os dais cuenta de que esta puerta existe. Y una de las mejores cosas de este bloque son los vecinos: hay pocos y bien avenidos. Si os lo quedáis no tendréis ningún problema con ellos.

Seguidamente sonrío con picardía, como si hubiera dicho una sagacidad. Y de la risa pasa a la carcajada. Parece que tenga una pareja de pájaros atrapados en el interior de su garganta.

2. Diez años antes

Tan solo pasan unos minutos de las ocho de la tarde de ese inusualmente caluroso viernes del mes de junio. La temperatura es agradable en el interior del trastero, mientras en la calle las nubes visten el cielo de un color aborregado. Él tiene 78 años. Se conserva bien y su cabeza mantiene el pelo necesario para ofrecer un aspecto lozano. Viste elegante, con americana formal de poliéster de color azul oscuro. Los pantalones son de tergal, bien conjuntados con la camisa de color zafiro. Nada hace presagiar el estatus de ese hombre, a excepción de los mocasines. Unos *Salvatore Ferragamo* con borla indican que es muy rico, o quiere aparentar opulencia. Se sienta cómodamente en una silla de rejilla de roble macizo. Es una silla vetusta, como todo lo que hay en ese trastero. Está rodeado de objetos heteróclitos, dispersos en diferentes estanterías de madera: varios despertadores, instrumentos musicales, libros, cuadros, botes de conserva, chapas de refrescos enmarcadas, sellos, trajecitos de niño con sus etiquetas colgando, un par de aparatos de radio del siglo pasado, muñecas de porcelana y pipas de brezo. El anciano se coloca unas gafas de pasta negra, pues necesita ver bien.

Ella tiene dieciocho años. Es alta. Es delgada. Es guapa. El maquillaje disimula las arrugas de una tristeza que marcha sus ojos. Está triste, pero fuerza una mueca que parece una sonrisa. Lleva un vestido midi con falda ancha, de pliegues plisados. El corpiño, sin mangas, tiene un acabado con volantes y cierre de gota con lazos para anudar. Sus za-

patos de salón tienen la punta abierta y muestran unas uñas cuidadas y pintadas de rojo oscuro, casi granate.

Hay alguien más; aunque ninguno de los dos repara en su presencia y lo consideran como lo que es: un objeto inanimado. Es un autómatas. Tiene forma humanoide, con un turbante de tela que le cubre la cabeza, quizá para ocultar algún tipo de maquinaria compleja en su interior. Está sentado detrás de un pequeño pupitre de color marrón. Sobre el pupitre y frente a sus ojos sin vida hay un tablero de ajedrez. Solo tiene una mano, la derecha. Y está situada encima del peón que hay delante del rey, preparado para iniciar una partida contra un contrincante invisible. Juega con blancas, siempre lo hace. Siempre gana.

Ella ya está acostumbrada a que ese artilugio esté ahí. De la misma forma que se acostumbró a la decoración tétrica del trastero. Y a ese baúl con tres cerrojos, acumulando polvo arrinconado, guardando secretos de entreguerras. Y también se habituó a los cuadros tenebrosos, la mayoría con motivos religiosos. Y al armario ropero de tres puertas que hay a la espalda del anciano y que ahora contempla con los ojos estrechados.

El anciano le pide que se remangue la falda del vestido.

—De rodillas —ordena con una voz débil, como de alguien a quien sus pulmones no tienen capacidad suficiente como para insuflar aire—. De rodillas, pero con el culo hacia arriba. Quiero verlo bien.

Ella se agacha y posa sus manos sobre el frío terrazo. Las palmas hacia abajo y el culo hacia arriba. El anciano se baja la cremallera de sus pantalones. Ve con repugnancia como se extrae un colgajo de piel. Lo manosea unos segundos, sin éxito.

—Ven —le dice—. Susúrrame al oído.

Ella se acerca. Apoya las manos en la silla y se yergue situando la boca al lado de su oreja. Le susurra frases pecaminosas con un tono de voz suave y sensual. Se excita hasta el punto de que su miembro comienza a tomar forma.

—Ahora —anima—. Vamos, antes de que se afloje.

—No. Ya sabes que eso no entra dentro del trato.

Ella se retira. Se coloca ante él y comienza a acariciarse, como si estuviera masturbándose. Con su mano derecha se restriega su sexo, mientras que con la izquierda se acaricia los pechos. Trata de forzar una mueca de placer, pero en su interior solo alberga asco. Desea que ese viejo asqueroso se corra cuánto antes y así antes terminará esa comedia. A él le excita verla así, se la imagina arrodillada y disfrutando de su miembro. Lo escucha gemir. Y como se precipita mientras sus manos se llenan de líquido viscoso. Luego, como si fueran dos amantes, él la mira con dulzura. Le gusta verla así, pisoteada.

—Toma —le dice mientras saca, sin levantarse, un sobre de un cajón del armario ropero que hay a su izquierda—. Aquí tienes tu paga.

—No es lo convenido —rechaza cuando comprueba lo que hay en el interior del sobre.

—Lo sé —acepta—. Pero creo que te estoy dando demasiado dinero para lo que haces. Por la mitad de esa cantidad puedo hallar una guarra que hasta me la chuparía.

—Eres un ser despreciable —La chica mastica las palabras como si estuviera comiendo piedras—. Eres el ser más despreciable que existe sobre la capa de la tierra. He hecho lo que me has pedido. Y ahora solo me das una cuarta parte de lo pactado, cuando sé que tú también sacas mucho dinero con esto.

El anciano tuerce la boca como si hubiera sido pillado en una mentira.

—Eres tú la que vas necesitada de dinero, no yo. Y demasiado te doy —sonríe con perversión—. Dentro de poco ni siquiera tendrás dientes y no servirás ni para mear encima de ti. Anda, coge ese dinero y vuelve la semana que viene que quizá, si lo haces mejor, te pueda dar algo más.

La chica coge un martillo pequeño de la estantería que hay a su derecha. Sabe que ese martillo está allí, porque

fue ella misma quien lo puso el día anterior cuando visitó el trastero sin que él lo supiera.

—Eres un viejo asqueroso. Y sé para qué me quieres — asevera con el rostro enrojecido—. Y también sé por qué quieres que me desnude y me arrastre delante del ajedrecista —dice mirando hacia el autómeta.

El anciano desajusta la expresión de sus ojos.

—Escucha... —trata de apaciguarla—. No sé de qué hablas, pero te daré el dinero que te debo.

La chica necesita tres golpes seguidos para que en la cabeza del anciano se abra un orificio tan grande como una manzana. El primero lo atonta. El segundo le fractura el cráneo. Y el tercero lo mata. Hay mucha sangre. Hay mucho miedo. Pero no hay ruido. Solo se escucha un golpe seco cuando su cuerpo se desploma en el suelo. Ella lo observa sin soltar el martillo de su mano. Yace boca abajo, con la cabeza hincada en el terrazo, como un animal tratando de esconderse en un inexistente agujero. Ve como se debilita y se retuerce en un charco formado por su propia sangre. Ahora parece sosegado. Quieto y tranquilo, como si durmiera.

Se coloca la falda. Se sube los tirantes del vestido y se calza un zapato que se le había salido. Sabe que no investigarán mucho, porque a nadie le importa la muerte de un viejo de 78 años. Pero no puede irse sin antes recomponer la escena del crimen y hacer que lo que allí ha ocurrido parezca el accidente de un anciano estúpido al que las estanterías de un trastero caótico se le cayeron encima.

Coge la llave que hay dentro de un yogurt de vidrio de la estantería de la derecha y la deja encima del interruptor de la entrada para que no se pierda. Y, ejerciendo toda la fuerza de la que es capaz, vuelca esa estantería encima del cuerpo. Luego coge un pequeño radiador de la estantería de la izquierda y lo echa por encima. Ve una plancha y la coge con un pañuelo de papel y moja la punta en la sangre del suelo. Hay tanta confusión que está convencida que la

policía determinará que el viejo murió solo, cuando estaba arreglando las estanterías.

Quita con un destornillador los cuatro tornillos del interruptor. Comprueba como en la clavija de la derecha hay una ranura donde encaja la llave. La introduce y la gira tres vueltas completas a la derecha y luego una vuelta completa a la izquierda. Escucha como la baldosa de terrazo se desplaza lentamente. Escucha los hierros friccionando bajo sus pies. Con cuidado de no mancharse de sangre, mete la mano dentro de la trampilla y coge las dos bolsas de tela y el manual con las tapas de cuero. Luego arrastra el ajedrecista empujándolo sin mucho esfuerzo hasta que cae por el hueco. Se sitúa al lado de la puerta. Se queda quieta. Con su mirada peina la escena. No hay ningún ruido, solo se escucha el crepitar de su corazón. Y lo único que se mueve en ese trastero es un ancho reguero de sangre que serpentea sobre el terrazo de mármol hasta chocar contra el baúl de tres cerrojos que interrumpe su paso. Y acciona el mecanismo de nuevo para que la abertura se cierre.

—Maldito hijo de puta —masculla entre dientes mientras observa los ojos apagados del autómatas que se pierden en la oscuridad.

Antes de salir mira el cuerpo consumido del anciano. Tiene la intención de escupir encima, como si con esa acción pudiera sentirse mejor. Pero recapacita y piensa que si escupe, difícilmente parecerá un accidente.